



# Juego limpio

GASPAR ROSETY



YO CONFIESO

## Merecidas reflexiones sobre mi padre

Casi me dediqué al periodismo por obligación. Mi padre me despertaba algunas mañanas con el sonido, poco dulce, de su "Olivetti lettera 36". En aquellos tiempos, la "lettera 36" era casi un modelo supersónico. Mi padre me regaló su nombre y su apellido. Y una vocación, mezclada de radiofonía y literatura, que heredé con gusto. Casi puedo decir que soy un periodista sin opciones, algo así como periodista a la fuerza. Tuve esa suerte y la disfruté. Hoy quiero seguir disfrutándola. Mi padre me enseñó antes de morir algunas cosas que me han venido muy bien. No eran tiempos modernos, las viejas máquinas de los periódicos convertían los talleres en grandes salas donde los hombres con monos azules se manchaban las manos de tinta ne-

De él heredé una vocación, mezcla de radiofonía y literatura



IRREPETIBLE. Gaspar Rosety padre, el primero por la izquierda, con sus compañeros de Radio Gijón EAJ-34

gra como el carbón. La radio era algo doméstico, familiar, a pequeña escala. Mi padre me llevaba por las noches a entregar los últimos originales al taller, después de dar un paseo por la radio. Era Gijón en el inicio de los años setenta. Era otra España distinta y un periodismo distinto. Mi padre madrugaba mucho, desayunaba rápido y siempre olía a "Floyd", a limpio, a fresco, a recién afeitado. Hacía programas en la radio y escribía en el periódico. La radio era EAJ-34 Radio Gijón, "La Voz de la Costa Verde". Los diarios eran "Voluntad" y "El Comercio". Mi hermano Manolo escribe ahora en "El Comercio". Fue el primero en seguir el camino de mi padre.

Luego fui yo y después Patricia, que trabaja en la Cope. Mi padre no daba lecciones. Hacía cosas. Nosotros observábamos. Yo me fijaba en él, en todo lo que hacía. Lo seguía con los ojos y con el corazón. Era mi modelo a imitar. Mi ídolo.

**ÍNTIMO DE ZARRA.** Mi padre era del Athletic de Bilbao. Fue amigo de Piru Gainza y de Telmo Zarra. En una ocasión, recién llegado yo a Radio Voz, fui a San Mamés a un Athletic-Real Madrid y llevé a Zarra de comentarista. Al acabar, le pregunté cuántas veces había su-

bido hasta allá arriba a comentar un partido para la radio y Telmo, sentado al lado de nuestra entrañable Carmen, me contestó: "Nunca, Gaspar, pero a ti no te puedo negar nada". Zarra lo hizo por mi padre, igual que Piru, que me llevó un día tomando vinos por Mazarredo y por Pozas hasta el amanecer, la noche que Clemente ganó la Liga en casa contra la Real Sociedad. Gainza me enseñó aquella noche

Me fijaba en él, lo seguía con los ojos y con el corazón. Era mi modelo, mi ídolo

cosas inolvidables sobre los fundamentos del fútbol. Mi padre me dejó amigos para siempre, gentes que me abrazan por ser hijo del "Gran Rosety". Mi padre fue un tío estupendo. Cuando me acuerdo de todas estas cosas, que suele ser con frecuencia, siempre pienso lo mismo, que para ser un buen periodista no hace falta ser una mala persona. Y que los que triunfan a base de ser malos no me interesan. Bueno, que cada vez me interesan menos. No veo por qué hace falta ser tan

calculador, tan frío y tan hijo de su madre para triunfar en mi profesión. Cuando conocí a Matías Prats, que fue mi padrino, entendí que hay una raza de periodistas que no van a ir al infierno. Mi padre pertenecía a esa raza privilegiada de los que hacían las cosas con ánimo de ayudar, con vocación de servicio a los demás y no con esas ínfulas que cuatro horteras se ponen ahora de montera para llevarse una fortuna a los bolsillos, es decir, para servirse de los demás. Lo malo es que estos sujetos, encima, presumen de lo contrario.

**REBELDÍA.** Mi padre decía que un periodista es un ser rebelde por naturaleza, alejado del poder cuando juzga y próximo solo cuando ayuda a la colectividad. Cuando me siento con los jóvenes periodistas de hoy, los estudiantes o los que se acaban de licenciar, como me sucedió con la promoción 95-99 de la facultad de xornalismo de Santiago de Compostela, siempre les pongo el ejemplo de mi padre. Él trabajaba cada día para ser el mejor, el primero, para dar las noticias antes y más completas que los demás. Y, ahora, algunas veces, veo que los que van de gurús de la comunicación, de grandes predicadores, se guardan verdades para no molestar al poderoso,

se callan denuncias que en otro tiempo hubiera levantado ampollas, sólo porque les conviene silenciarlas. En definitiva, hay gentes que manipulan la información, la dirigen, la ocultan, en beneficio propio. Y yo les digo a los jóvenes periodistas que el futuro no pertenece a esos gurús de medio pelo, pobres mediocres archimillonarios que han perdido el crédito. El porvenir es siempre para los luchadores porque el lector, el

El pueblo desea periodistas que huelan a limpio desde lejos, como él

oyente o el telespectador no se cree las milongas que les cuentan los hipotecados. El ciudadano quiere rebeldes y no sumisos, quiere investigaciones y denuncias, quiere valientes y no vendidos. El pueblo desea periodistas limpios, que huelan a limpio desde lejos, a recién afeitados, a aire fresco. Los quieren trabajadores, comprometidos con una idea de servir a la verdad y no a la verdad que interesa al bolsillo de cada uno. Los ciudadanos disfrutaban cuando un periodista le planta

cara al poder y habla claro, cuando cuenta las cosas tal como pasan, tal como son, tal como suceden.

Mi padre murió mientras entrevistaba a un futbolista del Real Sporting, Tati Valdés, víctima de un infarto de miocardio. Eso también lo heredé. Me dejó un corazón que vale una fortuna porque me sirve para amar, para querer, para implorarme, para comprometerme, para vivir con la intensidad que mi profesión exige y con el grado de compromiso que yo deseo. Una vez, jugaba el Madrid un partido de Copa de Europa, de aquellos yeyés de Amancio, Gento, Serena, Pirri, Zoco, Grosso y compañía. Me puso delante un magnetófono "Lavis" con un micrófono que parecía de plástico. Me dijo que hiciera lo que estaba haciendo Matías Prats en la televisión. Como conocía a los futbolistas del Madrid les puse otros nombres figurados a los extranjeros. Y narré, en casa, mi primer partido. Y fue por él. Cuando se terminó la cinta, después de gritar tres goles, le dije a mi madre algo así como "ahí lo tienes, Tere, por si no te lo creías". Mi padre murió hace hoy veinticinco años pero no debí haberlo hecho nunca. Todavía hoy lo sigo echando de menos. A él y a sus múltiples e impagables enseñanzas.